«Esta novela lo tiene todo. Kirsty Greenwood tiene una nueva fan».
Colleen Hoover

mi amor del más allá

El final de su vida era solo el principio...

KIRSTY GREENWOOD

CONTRALUZ

KIRSTY GREENWOOD

Mi amor del más allá

Traducido del inglés por Patricia Sebastián Hernández

CONTRALUZ

Título original: *The Love of my Afterlife*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reproduyeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2024 Novelicious Books Ltd.
© de la traducción: Patricia Sebastián Hernández, 2024
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S.A.)
Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-26-0
Depósito legal: M. 13.633-2024
Printed in Spain

Para mi hermana pequeña Nic,
amiga en las buenas y en las malas
y la compinche más granuja y atrevida del mundo

Capítulo uno

No puedo morir así.

En serio, me niego en redondo.

A ver, sé que no todos podemos tener la suerte de la abuelita del Titanic, que se fue al otro barrio tranquilamente, acurrucadita en la cama mientras los recuerdos de haberse trajinado a Leonardo DiCaprio en su mejor época le hacían más llevadero el asunto, pero ¿morir atragantada a los veintisiete años? Delphie, *no*.

Mientras resuello en busca de aire, mi cerebro parece incapaz de pensar en un modo de escapar de esta pesadilla y, en su lugar, se centra por completo en las bochornosas circunstancias en las que esta se está desarrollando.

Para empezar, me estoy atragantando con una hamburguesa. Y no con una gourmet o casera, sino con una de esas hamburguesas baratas para hacer al micro que me he comprado en el súper de la esquina después de salir del trabajo. Luego está el tema de la ropa que llevo puesta: unos calcetines de color verde rana y el peor camisón que tengo, una monstruosidad de talla extragrande con demasiados lavados encima y el dibujo de una estrella sonriente

sobre el eslogan: CARIÑO, NADIE BRILLA COMO TÚ. Tengo *El estafador de Tinder* pausado en la tele y una única pestaña abierta en el navegador del portátil: la página de Google con la pregunta *¿Las hamburguesas para microondas están hechas con carne de verdad?* escrita en la barra de búsqueda.

Me pregunto quién se encontrará semejante cuadro. ¿El impresentable de mi vecino de abajo, Cooper (que no dudará en esbozar una sonrisa burlona cuando vea mi camisón)? ¿La policía, que revolverá mis cosas en busca de alguna señal de violencia? Les costará una barbaridad dar con alguien que tenga motivos para quitarme de en medio, ya que solo conozco a tres personas en todo Londres: Leanne y su madre, Jan, de la farmacia donde trabajo, y el anciano señor Yoon, mi vecino de al lado.

Ay, madre, ¿y si me encuentra el señor Yoon? No puedo permitirlo, está demasiado delicado como para lidiar con algo tan siniestro… ¡El bueno del señor Yoon! Si yo no estoy, nadie comprobará si ha apagado del todo los cigarrillos antes de irse a dormir. ¿Y quién se encargará de prepararle un desayuno que no consista simplemente en un triste cuenco de cereales con sabor a papel?

Al imaginarme al señor Yoon mirando apenado el estante de los cereales, me lanzo sobre una de las sillas cochambrosas de la cocina y golpeo con el cuerpo la parte superior en un intento por practicarme a mí misma la maniobra de Heimlich. Miranda lo hizo en un capítulo de *Sexo en Nueva York* y sobrevivió. Se pegó un buen susto, sí, pero la experiencia la ayudó a crecer emocionalmente.

Estrello el diafragma contra la silla una y otra vez. A continuación, entrelazo las manos y me golpeo el estómago. Ay. Nada. ¿Estoy dándome en el sitio que es? Vuelvo a golpearme, pero esta vez un poco más abajo. Y luego un poco más arriba. ¡No funciona! Tengo un mazacote de pan y algo-que-seguramente-no-es-carne atascado en el gaznate y me da a mí que no va a moverse de ahí. Mierda.

Corro como una loca por mi diminuta sala de estar, en busca de algo, cualquier cosa, que pueda servirme de ayuda. ¿La gorra chulísima de *Broad City* que cuelga en el perchero de la entrada? ¡No me vale! ¿La caja de lápices sin estrenar de marca Blackwing que está sobre la mesa de la cocina? ¡Venga ya, Delphie! Mi mirada aterriza en el móvil, que asoma por debajo de un cojín del sofá. Lo cojo para llamar a una ambulancia, pero me tiemblan tanto las manos que se me resbala. El móvil golpea el suelo y se desliza debajo del mueble de la tele, donde se instala entre una montaña de polvo y un antidepresivo que se me cayó el mes pasado y que no llegué a recoger.

Argh. Se me está nublando la vista. Noto una sensación pesada en la lengua, como si la tuviera colgando. ¿Me *cuelga* la lengua? Las rodillas se me doblan y me desplomo en el suelo de forma dramática. Mi cabeza aterriza con un ruido sordo sobre la preciosa y suave alfombra a rayas en la que me fundí los ahorros de los últimos tres meses.

Ay, Dios.

Creo… creo que se acabó lo que se daba.

Eso es todo.

Toca despedirse y bajar el telón.

Aquí descansa Delphie Denise Bookham.

Murió tal y como vivió: sola, confusa y vestida con ropa de baratillo.

★ ★ ★

—Abre los ojos… Así, muy bien. Venga… Es hora de despertarse. ¡Eso es! Hola, guapetona.

Un leve acento irlandés suaviza la cadencia de la voz femenina y desconocida que se dirige a mí. Abro los ojos de golpe y veo a una mujer de naricita respingona sonriéndome como una loca apenas a un par de centímetros de mi rostro. La examino con atención: lleva el pelo recogido en una coleta alta de rizos color mantequilla y me contempla fijamente desde detrás de unas vistosas gafas doradas que hacen que sus ojos verdes parezcan el doble de grandes. El pintalabios naranja que lleva le ha manchado los dientes, que asoman en su totalidad para dar forma a la sonrisa de loca en cuestión. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, intentando ubicarme por todos los medios. Noto un retortijón en las tripas al darme cuenta de que no estoy en casa, lugar del que casi nunca salgo, sino sentada en una extraña silla de plástico con las piernas apoyadas en un reposapiés tapizado con motivos florales, igual que una abuelita.

¿Dónde estoy?

La canción *Don't worry, be happy*, de Bobby McFerrin, resuena de forma onírica e inquietante. Escudriño la estancia con los ojos desorbitados: las paredes están pintadas de color azul claro y hay una hilera de lavadoras turquesa que centrifugan y despiden un chorro de aire con

aroma a lavanda cada cierto tiempo. Un momento. ¿Se trata de una lavandería? ¿Qué narices hago en una *lavandería*? ¿Cómo he llegado aquí? ¿*Cuándo* he llegado?

Por encima de las lavadoras, veo colgada una foto enorme de la mujer de las gafas. Sale con los pulgares levantados y una sonrisa de anuncio. Poso la mirada de nuevo en la versión de carne y hueso que se encuentra agachada junto a mi asiento. Me sonríe como si estuviera encantada de verme y, a continuación, levanta los pulgares como en la foto.

¿Quién es esta tía? ¿Dónde estoy?

—Mmm… Eh…

Mi cerebro, presa del pánico, se niega a ayudarme a verbalizar las preguntas.

—Es muy ingenioso, ¿no crees? —La mujer esboza una sonrisa—. ¡Las lavanderías no asustan a nadie! Me pareció buena idea utilizar un ambiente tranquilo para compensar un poco lo aterrador que resulta este momento. Así que aquí estamos: ¡en un vestíbulo con vibras de lavandería cuqui! Cuando era una cría y la vida se me hacía bola, me iba a la lavandería del barrio y me pasaba horas viendo cómo las lavadoras daban vueltas sin parar. El sonido del agua y todos esos olores florales son de lo más reconfortantes, ¿no te parece?

Me encojo un poco cuando la chica se levanta de un salto y extiende los brazos como si fuera la presentadora de un concurso y estuviera a punto de anunciar el premio gordo.

—El azul de las paredes es idéntico al color que tiene el cielo durante la última semana de junio, justo an-

tes del anochecer. Me costó un poco dar con la tonalidad cromática exacta. El color de la pintura se llama Ganso Deshidratado y lo descatalogaron en el año noventa y dos, pero conocía a un tío que conocía a una tía que conocía a otro chaval que conocía al tipo indicado, así que al final pude conseguirlo. —Aprieta los labios y se mete las manos en los bolsillos del peto color mostaza. Se balancea ligeramente de un lado a otro—. Los de arriba dejaron bien claro que preferían una estética más refinada y «profesional», pero les dije: «Tíos, cómo queréis que sea una terapeuta del más allá de primera categoría si no dispongo de plena autonomía para decorar como me dé la gana el espacio en el que voy a hacer terapia con los difuntos. En fin, un *poquito* de sentido común…». ¡Hay que ver qué pocas luces! Pero, bueno, es un color precioso, ¿no crees? —Contempla las paredes y lanza un suspiro satisfecho antes de pasarse los dientes por el labio inferior y manchárselos todavía más—. Casi parece que la tonalidad cambia con la luz. A veces da la impresión de ser un lila grisáceo y otras, azul oscuro. Como los ojos de Jamie Fraser. ¿Sabes quién es Jamie Fraser? ¿Te suena la saga *Forastera*? Vaya viaje. Está en mi top diez de protagonistas de novela romántica. Puede que en el top cinco, o incluso en el top…

—¿Has dicho «los difuntos»? —consigo interrumpirla.

—Ah, sí… Estás muerta, cielo. Lo siento. —Me da un enérgico apretón en el hombro.

—¿Qué? No… ¿Es…? ¿Estoy soñando?

Insto a mi cerebro a que se despierte. Este es el sueño más raro que he tenido y eso que una vez soñé que dirigía

una peluquería en la ruina con el perro de *La dama y el vagabundo*.

—Te has atragantado, ¿no te acuerdas? —me dice la parlanchina mujer—. Con la hamburguesa para microondas. Están hechas con carne de verdad, por cierto. Cien por cien ternera, o como suelo decir yo, *bœuf*. Últimamente me ha dado por estudiar francés mientras espero entre un cliente y otro. No es que me aburra ni nada de eso. En serio. ¿Podrían animarse un pelín las cosas por aquí? —Se encoge de hombros y tuerce la boca. Me fijo en lo suave y bronceada que tiene la piel—. No digo que no, pero supongo que es mejor que los muertos lleguen poquito a poco que todos a mogollón.

¿Los muertos?

Las tripas se me revuelven al recordar lo ocurrido en mi piso. Me he asfixiado. Me llevo una mano a la garganta y empiezo a resollar.

—Eh, tranquila, no te pasa nada —me tranquiliza ella, y vuelve a agacharse para que sus ojos queden a la altura de los míos—. Las dolencias físicas desaparecen al llegar aquí, aunque el periodo de transición emocional cuando una pasa de estar viva a no estarlo puede ser… peliagudo. Pero para eso me tienes a mí: soy Merritt, tengo veintiocho años y no voy a cumplir ni uno más. Me chiflan el curri y las novelas románticas, y en ambos casos cuanto más picantes mejor. Soy tu terapeuta del más allá.

Me tiende la mano para estrechármela y me fijo en que lleva un anillo distinto en cada dedo. Son todos muy llamativos: uno es un diamante en forma de rosa con pinta vintage; otro, una gruesa pieza esmaltada en negro con

una calavera y dos tibias cruzadas salpicadas de rubies. En el pulgar lleva una banda de plata donde pone MITAD AGONÍA/MITAD ESPERANZA. Es como si hubiera metido los dedos en una caja de objetos perdidos y hubiera sacado lo primero que hubiera pillado. Y como no puedo hacer otra cosa más que quedármela mirando, Merritt me agarra ella misma la mano, que cuelga flácida del reposabrazos, y me la estrecha con tanto entusiasmo que acabo bamboleándome como si estuviera dentro de una batidora.

—Mi deber es ayudarte a aclimatarte para que no te agobies demasiado, resolver cualquier duda que tengas, etcétera, etcétera. A partir de ahora seré tu persona de contacto. ¿Te parece bien? *Oui?*

No. De *oui* nada. *Non*.

—Tranquila, soy una profesional de primera —prosigue Merritt como si nada—. Empecé a trabajar aquí, en Siempre Jamás, unos seis meses después de morir. Soy la terapeuta más joven a la que han nombrado. Los demás terapeutas son en su mayoría unos carcamales de sesenta y setenta y pico años, pero, mira, se ve que yo tengo un don natural para el puesto. Por no hablar de que soy ambiciosa de cojones.

—Socorro —susurro.

—A los demás no les hace ni puñetera gracia que haya una chavalita buenorra revolucionándolo todo. Se agencian a todos los recién llegados antes de que pueda echarles el guante. —Se mira los pies un segundo y me fijo en que va descalza y lleva las uñas pintadas de rojo Coca-Cola—. Si jugasen limpio, les daría mil vueltas a todos —murmura de mala uva—. En fin, no quiero darte la tabarra con eso.

El caso es que dos de esos imbéciles están ahora de vacaciones y no han podido echarte la zarpa. ¡Eres la primera recién llegada a la que veo en una semana! No sabes lo mucho que me alegro. Para ti es un putadón, claro, pero a mí me viene de perlas.

Observo estupefacta cómo Merritt se dirige hacia la puerta que está al otro lado de la estancia. Me indica que la siga con un gesto del dedo.

—¿Adónde… adónde vamos? —pregunto. Tiemblo de tal manera que la voz me sale con un vibrato parecido al de Christina Aguilera.

—Pues a mi despacho. No querrás que llevemos a cabo la inscripción en el vestíbulo, ¿no? ¿Y si llega otro muerto mientras estás respondiendo a alguna pregunta íntima? Menudo corte. Otra cosa no, pero en la tierra siempre alababan mi profesionalidad. La privacidad es lo primero. Tranqui, me tienes a mí. *I got you, babe.* —Canta la última frase como si fuera Cher.

Merritt abre la puerta y yo me quedo algo más tranquila al descubrir que conduce a un despacho muy apañado y de aspecto relativamente normal. Me fijo en que hay velas por todas partes, con llamas de un reluciente y cálido color rosa. El centro de la sala lo ocupa un escritorio de cristal cubierto de trastos, entre los que se incluyen tres plantas la mar de frondosas, una figurita de un gato de la suerte japonés y un organizador de escritorio que se encuentra vacío, puesto que los bolis que debería haber dentro están esparcidos por la mesa. En la pared del fondo hay una estantería hasta el techo embutida de libros de todos los colores. Todos parecen ser novelas románticas.

Veo títulos como *El juego del matrimonio, El duque y yo* y *El test del amor.* Merritt se da cuenta de que estoy mirándolos y coge uno: un ejemplar precioso en tapa dura y forrado de tela de *Persuasión*, de Jane Austen. Se lo lleva al pecho y cierra los ojos encantada, como si estuviera acunando a un perrito.

—Te presto los que quieras —dice, antes de volver a colocar el libro en la estantería y pasear los dedos con cariño por los lomos de alrededor.

—Mmm… gracias.

Merritt olfatea el aire y exhala sonoramente.

—Rosas y grosellas negras. Mi fragancia particular. —Señala una vela blanca sobre una mesita de madera—. Divina, ¿no crees? En Siempre Jamás tenemos una tienda de Rituals. *C'est magnifique.* Hay que encontrarte una fragancia a ti también. Fijo que te va la madreselva, ¿verdad? Eres una de esas personas que tiende a la introspección; sensible pero con mucho mundo interior. Llena de pasión bajo la superficie.

Pestañeo, aturdida. ¿Qué coño está pasando? ¿Qué es este sitio?

Merritt me dedica una sonrisa benévola.

—Vale, veo que te has agobiado, cosa que… no me extraña ni un pelo. Es una locura, ya lo sé. Cuando yo llegué, lo primero que hice fue echar la pota. Anda, siéntate y descansa un poco el culo.

Me señala una silla giratoria de cuero blanco frente a su escritorio y entonces, antes de que pueda descansar el culo, o cualquier otra parte del cuerpo, da una enérgica palmada.

—¡Genial! Veamos… —Coge un portapapeles de la mesa y examina el folio que hay sujeto—. La primera pregunta es: ¿quieres ver pasar toda tu vida por delante?

—¿Pe-perdona? —Los dientes han empezado a castañearme.

—He dicho que si quieres ver pasar toda tu vida por delante. Antes no ofrecíamos este servicio, pero, claro, Hollywood nos ha metido a todos la idea en la cabeza de que cuando fallecemos tenemos que ver pasar la vida por delante de nuestros ojos. Y aunque me chiflan los clichés trilladísimos, este en concreto no se corresponde en absoluto con la realidad. Algunos muertos montaban un pollo de no te menees al enterarse, así que ahora os lo ofrecemos a todos. No es obligatorio ni nada, tú decides.

Estoy helada. ¿Por qué hace tanto frío? Veo una manta de piel doblada sobre una de las sillas. La cojo y me envuelvo con ella, metiéndomela por debajo de la barbilla.

—Bueno…, ¿quieres o no? —repite Merritt, tamborileando con la uña en la parte posterior del portapapeles.

—Eh… Mmm… —gimo, toqueteando la esquina de la manta—. ¿Puedo irme ya a casa?

Merritt suelta un ligero suspiro.

—¿Qué tal si decimos que sí a lo de ver pasar tu vida por delante? Es ahora o nunca; si no te la enseño y dentro de un rato cambias de opinión, te cabrearás conmigo, y no quiero que nuestra amistad eterna empiece con mal pie.

Me quedo boquiabierta mientras Merritt se mete en un armario y sale, al cabo de unos instantes, empujando un carrito de metal blanco con una de esas teles tochas de los noventa y un reproductor de DVD.

—No dura demasiado —aclara—. Solo ponemos las partes que consideramos más relevantes, porque si no sería un rollo de mucho cuidado, y, aunque técnicamente disponemos de toda la eternidad, nadie tiene tiempo para semejante nivel de introspección. Lo hecho, hecho está, ¿sabes?

Soy incapaz de hacer nada más que mirar fijamente a Merritt mientras aprieta el botón de Play. ¿El DVD está ya puesto? ¿El reproductor es solo de adorno? No entiendo nada.

—¡Empezamos! —exclama Merritt—. Delphie Denise Bookham. Esta… ha sido… ¡TU VIDA!